

¿A quién engañamos?

Porque pretendemos engañarnos entre nosotros mismos...

Christian Paredes

Laboratorio de Ecofisiología Animal. Facultad de Ciencias Naturales y Matemática. Universidad Nacional Federico Villarreal.
Correo-electrónico: chepeeco@hotmail.com

CASO 1: TRANSPORTE PÚBLICO

Fijense nomás cuando van en algún transporte público del país, especialmente en Lima. Hay que pretender estar molesto, o realmente estar dispuesto a pelear con los conductores, con el cobrador y hasta entre los pasajeros, por un poco de respeto, o más bien dicho, por un poco de egoísmo y conveniencia...

El chofer comienza ajustando la velocidad del transporte público de acuerdo a su conveniencia. Si está retrasado, corre como conductor en una pista de carrera, olvidándose que lleva personas a su cuidado y que son personas las que viajan en los demás transportes; y si está adelantado, hace lo imposible por demorarse una eternidad, olvidándose que muchos de los pasajeros pueden perder su trabajo o su clase al llegar tarde a su centro de labores o estudios.

Los cobradores, les siguen, intentando por todos los medios, incluso llegando hasta la humillación e insulto, cobrar un precio injusto a los pasajeros; y ni que hablar del ridículo "medio pasaje" que nada de medio pasaje tiene..., o cuando intentan darte monedas falsas que quieren hacer pasar. Acaso no se han puesto a pensar que alguna vez ya sean ellos o alguno de sus familiares pueden estar pasando lo mismo, en ese mismo instante, pero en otro transporte...

Para ese entonces, ya ninguno de ellos respeta a alguien o a algo, ni hasta las mismas leyes, que tan sólo importan cuando son usadas



para evitar alguna multa o infracción. Pero las leyes, se hacen respetar y es aquí donde interviene el señor policía, quien bajo un misterioso criterio, que no vale la pena cuestionar, resuelve hacer cumplir la ley justamente en la mayoría de casos con los más inocentes, quienes puedan de alguna manera cubrir sus necesidades morales...

Por último, aparecen los pasajeros, quienes tampoco nos quedamos atrás, no solidarizándonos ni con los demás pasajeros ni con los trabajadores del transporte público, sino buscando también nuestro propio provecho, ya sea dando monedas falsas a un cobrador poco cauto, pagándole de menos o engañando sobre el lugar a adonde vamos a bajar.

Es decir, todos hacemos del transporte público diario una verdadera zona de guerra, donde las mentiras y el malestar inundan nuestra atmósfera previa a nuestras actividades cotidianas. Que junto con la falta de respeto hacia los demás y hacia nosotros mismos hacen de nuestra salud física, mental y espiritual decaigan poniendo en riesgo nuestro adecuado desenvolvimiento al llegar a nuestro destino, sea en el trabajo, en nuestros hogares o en nuestros momentos de descanso y relax.

Finalmente, cada uno podemos darnos cuenta...¿a quien engañamos?